



Cuerpos jerarquizados y deseados: una mirada interseccional


Sandra Muñoz Sánchez

Universidad Rey Juan Carlos de Madrid (España) ✉ 

Dau García Dauder

Universidad Rey Juan Carlos de Madrid (España) ✉ 

Cristina Polo Usaola

Servicio de Salud Mental de Hortaleza. Servicio de Psiquiatría. Hospital Ramón y Cajal de Madrid (España) ✉ 

<https://dx.doi.org/10.5209/inf.86811>

Recibido: Febrero 2023 • Revisado: Enero 2024 • Aceptado: Enero 2024

Resumen: Introducción. Este artículo se enmarca dentro de una tesis doctoral que trata de explorar, desde una perspectiva de género e interseccional, los elementos implicados en la construcción subjetiva del deseo sexual. En este contexto, se profundizará en el análisis de la percepción subjetiva de los cuerpos como variable influyente en la experimentación del deseo. **Objetivos.** Explorar el significado de la corporalidad en distintas prácticas y comportamientos sexuales, abordar las dinámicas de poder en función de la normatividad (o no) de los cuerpos implicados, así como aproximarnos a componentes identitarios relacionados con la lectura de la corporalidad que puedan determinar su grado de deseabilidad. **Metodología.** Para ello, se ha llevado a cabo una investigación cualitativa, realizando doce entrevistas en profundidad y un grupo de discusión, con una muestra de personas con distintas edades, orientaciones sexuales, raza y niveles socioeconómicos. **Resultados.** Se han analizado los discursos de las personas entrevistadas en torno a su sexualidad y corporalidad, visibilizando constructos estereotipados y mandatos heterocéntricos detectados tanto en la erotización como en la vivencia de la sexualidad. **Conclusiones y discusión.** Este artículo pretende contribuir a aportar una visión más integral de la influencia del cuerpo en la experimentación de deseo y reconocimiento de los individuos como sujetos/objetos deseantes y deseados, dado que continúan siendo escasas las investigaciones que aborden esta temática desde una perspectiva interseccional.

Palabras clave: deseo sexual; género; interseccionalidad; corporalidad; sexualidad; feminismo; poder.

ENG **Desired and hierarchical bodies: an intersectional perspective**

Abstract: Introduction. This article is part of a doctoral thesis that seeks to explore, from a gender and intersectional perspective, the elements involved in the subjective construction of sexual desire. In this context, it will further analyse the subjective perception of bodies as an influential variable in the experience of desire. **Objectives.** To explore the meaning of corporeality in different sexual practices and behaviors, to approach power dynamics according to the normativity (or not) of the bodies involved, as well as to approach identity components related to the reading of corporeality that may determine its degree of desirability. **Methodology.** For this purpose, qualitative research has been carried out, conducting twelve in-depth interviews and a discussion group, with a sample of people of different ages, sexual orientations, race and socio-economic levels. **Results.** The discourses of the people interviewed about their sexuality and corporeality were analyzed, making visible stereotyped constructs and heterocentric mandates detected both in eroticization and in the experience of sexuality. **Conclusions and discussion.** This article aims to contribute with a more comprehensive view of the influence of the body in the individuals' experience of desire and recognition of themselves as desiring and desired subjects/objects, since there still is little research which addresses this issue from an intersectional perspective.

Keywords: sexual desire; gender; intersectionality; corporeality; sexuality; feminism; power.

Sumario: 1. Introducción: deseo sexual y corporalidad desde una perspectiva feminista e interseccional. 2. Objetivos y metodología. 3. Presentación de resultados. 3.1. La vivencia de los significados socio-culturales del cuerpo de las mujeres. 3.2. Malestares de normatividades corporales: cuerpos (hetero)sexuados. 3.3. Disidencias sexuales, cuerpo y sexualidad. 3.4. Cuerpos jerarquizados por ejes de opresión. 3.5. El feminismo y la reconceptualización de cuerpos y deseos. 4. Conclusiones y discusión. Referencias bibliográficas.

Cómo citar: Muñoz Sánchez, S.; García Dauder, D.; Polo Usaola, C. (2024). Cuerpos jerarquizados y deseados: una mirada interseccional. *Sociedad e Infancias*, 8(2), 103-112. <https://dx.doi.org/86811>

1. Introducción: deseo sexual y corporalidad desde una perspectiva feminista e interseccional

Para abordar la construcción del deseo sexual desde una perspectiva de género e interseccional, se requiere de un análisis integral que permita poner en contexto de dónde partimos para poder entender la complejidad de las subjetividades en torno a la sexualidad. Resulta imprescindible conocer cómo tradicionalmente se ha construido la idea de deseo sexual, el papel que ha jugado en la trayectoria vital de los individuos y cómo se han articulado sus distintas expresiones y formas, para poder contextualizar los discursos más actuales.

Para la elaboración de este artículo, enmarcado en el contexto de la cultura occidental, se ha contado con las aportaciones de teóricas feministas que históricamente han contribuido al análisis y conocimiento en torno al deseo sexual, permitiendo comprender de una forma más global, las desigualdades y lugares de poder que han podido influir en la esfera de la sexualidad. En el mundo occidental heteronormativo, ha existido una clara diferenciación entre el lugar que ocupan los hombres y las mujeres en la esfera de la sexualidad, y donde la diferenciación por sexos dejaría a las mujeres en un claro segundo plano. El pensamiento feminista permitió ampliar miras en relación con sus deseos y necesidades, visibilizando la sexualidad de las mujeres más allá de la función única de satisfacer a un hombre y reflexionando sobre aspectos que hasta la fecha habrían sido silenciados (Millet, 1995).

Sin embargo, históricamente, el sexismo y el androcentrismo han logrado transformar los nuevos intentos de independencia sexual de las mujeres en otras proyecciones distintas del deseo masculino. En este contexto, la Revolución Sexual de los años sesenta pudo suponer un arma de doble filo. Por un lado, permitió visibilizar la sexualidad de las mujeres y las violencias o distintos factores de opresión asociados; y por otro, el patriarcado se coló por las fisuras de la revolución dando lugar a que algunos hombres consideraran a algunas mujeres como objetos sexuales y objetos de consumo ligados al mercado capitalista (De Miguel, 2021). A su vez, existían otros discursos críticos a las aportaciones de la época, cuestionando que se estuviesen dejando de lado aspectos importantes en torno al deseo sexual de las mujeres.

Esta realidad la resaltó, entre otras, Carole Vance (1989), abordando en sus investigaciones sobre la sexualidad femenina, las limitaciones en el análisis del deseo y experimentación de placer en las mujeres, al hacer más hincapié en los miedos, la coacción masculina o las violencias explícitas sufridas. Para ello, plantea que sería necesario contar con discursos diversos, no cayendo en generalizaciones desde un lugar de privilegio (el de mujeres blancas, jóvenes, clase media, heterosexuales), donde se consideren sus prácticas y deseos como la norma, al no ajustarse los códigos de significación dominantes a todo tipo de mujeres.

El análisis del conflicto sujeto-objeto de deseo, y el lugar operante de las mujeres en la esfera de la sexualidad, se ha continuado con el paso de los años. En un abordaje más reciente, la autora Rosalind Gill (2008) cuestionó que se estuviese produciendo el paso de la "objetificación sexual a la subjetificación sexual" en algunas mujeres. De forma que la cosificación sexual pasaría por el deseo "elegido" de mujeres activas y deseantes que se representan de esta forma libremente. Para Gill (2008), se constituye así un régimen disciplinario nuevo, más pernicioso y distintivamente neoliberal, donde el poder "construye nuestra misma subjetividad". Subrayando cómo esta tecnología de subjetificación invita a las mujeres a convertirse en un "tipo de *self* dotado de agencia" aunque construyéndose un sujeto muy parecido a la fantasía masculina heterosexual que se encuentra en la pornografía.

Por otro lado, desde el siglo XX comenzaron a escucharse nuevas voces que reflexionaban acerca de otros factores opresivos que atravesaban modos de desigualdad social añadidos. Vieron la luz otros marcos interpretativos que consideraban que el sistema de opresión sexual no suponía lo mismo en términos de clase, orientación sexual o raza/grupo étnico. En este contexto, emergen nuevas identidades encabezadas por mujeres racializadas, que cuestionan el sujeto político del feminismo al tomarse el discurso de las mujeres blancas, burguesas y de clase media como hegemónico. Surge así, de la mano del feminismo postcolonial, el concepto de interseccionalidad, un enfoque teórico que subraya que el género, la raza, la clase, la edad o la orientación sexual, entre otras categorías sociales, son construidas y están interrelacionadas.

Para la socióloga Patricia Hill Collins (2000), la interseccionalidad requiere abordar cuestiones tanto macrosociológicas como microsociológicas, estableciendo el nexo histórico y cultural que los conceptos sexo, género y raza presentarían desde la óptica de la interseccionalidad, entendiendo la discriminación de las mujeres negras como una de las formas últimas de exclusión y sometimiento del ser humano. De este modo, comenzaba a abordarse la opresión de las mujeres y de las minorías sexuales atendiendo a situaciones de discriminación y desigualdad concomitantes, desencadenando dinámicas de poder diversas en función de dichos factores. Las relaciones de poder estarían presentes, más o menos conscientes, en cualquier forma de interacción social. De manera que los lugares de privilegio y desigualdad en la esfera sexo-afectiva podrían verse marcados por distintos aspectos en corporalidades que no siguen los cánones establecidos. Partiendo de estas premisas teóricas, este artículo pretende analizar cómo las corporalidades normativas y disidentes influyen en la construcción del deseo sexual, interactuando con otros componentes identitarios que se entrecruzan con el género, para generar diferentes lugares de opresión y desigualdad.

2. Objetivos y metodología

A partir de la revisión bibliográfica realizada en la temática que nos ocupa, se ha observado el predominio de una línea hegemónica de estudio heterocentrada, escaseando estudios que analicen desde una perspectiva de género e interseccional el deseo sexual y los lugares de poder que se producen y reproducen a través de los cuerpos en las prácticas sexuales de los individuos. En este contexto, surge la idea de poder incluir en la muestra de estudio personas con componentes identitarios distintos, a través de los cuales se permitiese estudiar y entender las formas en que el género se cruza con otros ejes de opresión/privilegio y cómo estas articulaciones se experimentan a nivel subjetivo e identitario. Surge así la necesidad de llevar a cabo un estudio desde una perspectiva interseccional, permitiendo ampliar el foco de conocimiento en torno al deseo sexual y las corporalidades, en base a la orientación sexual, la edad, la clase social o el color de la piel. Para ello, nos hemos basado en la literatura científica, que utiliza la interseccionalidad como herramienta de análisis para conocer cómo se articulan las diferentes opresiones, reflexionando sobre los conflictos subjetivos y contradicciones en torno al objetivo principal de estudio.

Partiendo de estas premisas, los objetivos de estudio planteados serían los siguientes: explorar el significado de la corporalidad en las distintas prácticas y comportamientos sexuales, abordar las dinámicas de poder en función de la normatividad (o no) de los cuerpos implicados, así como aproximarnos a componentes identitarios relacionados con la lectura de la corporalidad que puedan determinar su grado de deseabilidad.

Los objetivos de la investigación definieron el diseño, la muestra, las técnicas de recogida de información y el tipo de análisis elegidos. Para poder dar respuesta a los mismos, se determinó la idoneidad de una investigación cualitativa frente a una cuantitativa, a través de la cual se puedan recuperar relatos en primera persona, experiencias subjetivas, relacionales y sociales en torno al tema de estudio. La perspectiva cualitativa se revela como el enfoque más idóneo para dar cuenta de los procesos de producción y configuración de los sentidos en torno a las propias experiencias, permitiendo abordar interacciones que se establecen en la vida cotidiana (Alonso, 1998). La estrategia cualitativa es más capaz de detectar el sentido que las personas dan a sus acciones. Es una modalidad interpretativa, integradora y abierta a la voz de quienes participan, siendo el lenguaje el objeto del propio estudio (Beltrán, 1998).

Dentro de la metodología cualitativa, se concretó un diseño de tipo transversal, recogiendo la información en un momento temporal concreto. A su vez, el enfoque metodológico se llevó a cabo desde una perspectiva de género. La realidad desigual en función del género, cómo se construyen las relaciones entre hombres y mujeres, y el proceso de sociabilización conformando diferentes roles, expectativas e intereses con relación a la esfera sexual, hacen imprescindible hacer énfasis en las posibles diferencias de género que se producen y reproducen en los discursos y en las acciones de las personas, y que inevitablemente, atravesarán también las experiencias y vivencias en la esfera de la sexualidad. La metodología de investigación con perspectiva de género implica un compromiso feminista para la construcción de hipótesis, elección de objetivos, análisis de resultados y su posterior interpretación, permitiendo detectar, desenmascarar o exponer creencias existentes que limitan o restringen la libertad humana, usando aproximaciones metodológicas con un compromiso político y una visión reconstructiva (Delgado, 2008).

Las técnicas llevadas a cabo fueron el análisis de documentos (fuentes documentales preexistentes), técnicas observacionales (conversaciones espontáneas durante todo el desarrollo del trabajo de campo), entrevistas y grupos de discusión. Tanto el guión de la entrevista individual como el del grupo de discusión se diseñó de forma consensuada con la dirección de la tesis, conformado por preguntas abiertas que engloban los temas y subtemas que se pretendían explorar. Las preguntas abiertas posibilitan la aparición de contenido que no hubiese sido previsto inicialmente en el guión y que enriquece el objetivo de estudio. La duración de cada entrevista individual tuvo un tiempo estimado de una hora, y de hora y media en el grupo de discusión.

Tras obtener un resultado favorable por parte del Comité de Ética de Investigación de la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid, se utilizaron espacios de la universidad y distintos espacios públicos para el desarrollo del trabajo de campo desde septiembre de 2021 a octubre de 2022, con un total de doce entrevistas y un grupo de discusión. Se encuadró de forma presencial siguiendo todas las medidas sanitarias derivadas de la situación pandémica por Covid-19 vigentes en ese momento.

La muestra ha estado compuesta por mujeres, hombres, personas identificadas como no binarias, personas racializadas, de distintas clases sociales y con edades comprendidas entre los 24 a los 75 años, todas ellas residentes en la Comunidad de Madrid. La cuantificación del tamaño muestral ha estado determinada por el alcance o superación del punto de saturación. Por ello, aunque se estableció un primer marco y número de entrevistas y grupos a realizar, la riqueza de los discursos recabados, el número de ramificaciones de la temática investigada y ciertas limitaciones del entorno en el contexto de pandemia, fueron los que determinaron el punto de saturación y el número final de entrevistas y grupos a realizar. A las personas participantes se las reclutó a través de dos métodos fundamentalmente: muestreo “en cadena”, “muestreo de avalancha” o “en bola de nieve”, y a través de la difusión de un cartel en las redes sociales (WhatsApp, Instagram), permitiendo a personas interesadas participar en el estudio.

Por otro lado, se utilizaron grabadoras de audio no sin antes haber aceptado en el consentimiento informado el uso de dicho dispositivo por parte de la persona participante. En otras ocasiones, la investigadora principal estuvo acompañada de el/la directora de tesis, participando de dichos encuentros y posibilitando un registro directo de posibles emergentes. A pesar de que se buscaron con una intención comparativa perfiles diferentes en base al género, edad, raza, clase social y orientación sexual, cabe mencionar que en ningún caso se pretende realizar extrapolación alguna, ni extender las conclusiones obtenidas en este trabajo a la población general ni a grupos sociodemográficos predeterminados.

El proceso de análisis de resultados se llevó a cabo partiendo de la *Grounded Theory* (Trinidad, Carrero y Soriano, 2006), utilizando un método de comparación constante que permitió inicialmente generar categorías conceptuales, para posteriormente diseccionarlas a través de códigos. Para poder establecer relaciones entre éstas, nos apoyamos en la herramienta de análisis cualitativo Atlas.Ti (Plaza, 1999). A los datos personales de las personas participantes se les asoció un código de letras y números para garantizar su anonimato, asegurando que no se les podrá identificar en ningún informe realizado derivado de esta investigación. Para avalar la validez del estudio, fue clave el diseño muestral inicial y la puesta en común posterior, para garantizar conjuntamente haber conseguido la saturación de los discursos en las categorías analizadas.

3. Presentación de resultados

3.1. La vivencia de los significados socio-culturales del cuerpo de las mujeres

La corporalidad puede condicionar las relaciones sociales situándolas en posiciones concretas de dominación y privilegio (Suárez-Errekalde y Royo Prieto, 2020), construyéndose socialmente los cuerpos como efecto del poder disciplinario (Foucault, 1976). Esto nos hace pensar que los cuerpos no serían sólo materia, sino que a través de ellos se podrían canalizar discursos tanto individuales, sociales, como simbólicos diversos. En este sentido, Mari Luz Esteban (2013, 14) argumenta que las personas habitan múltiples tensiones con su imagen corporal, y ello a consecuencia de las relaciones intersubjetivas y de la implicación de una “cultura corporal hegemónica en Occidente que hace del cuerpo un terreno privilegiado para la subordinación social”. El mundo social construye el cuerpo “incesantemente bajo la mirada de los demás” (Bourdieu, 2000, 87), no siendo la determinación corporal igual para hombres y mujeres (Posada, 2015). Como señalaba una participante, la cultura patriarcal habría revestido de significados negativos los cuerpos de las mujeres:

“En general llega ya un punto que es como, ¿quién va tener una relación sana con su cuerpo, si te han enseñado a odiarlo desde los 3 años?” (Mujer, 43 años, heterosexual).

Se podría presumir que la corporalidad no escapa a los constructos sociales, de forma que los cuerpos estarían influidos por los significados culturales de género y sexualidad, intersectando y creando sujetos que reproducirían ciertos ideales de belleza y todo un sistema de creencias y valores regidos por el sistema heteropatriarcal y la norma moral occidental (Enguix y González, 2018). Se configuran así corporalidades coherentes con una supuesta continuidad natural entre cuerpo, género y deseo sexual, si bien, como señala otra de las participantes reflexionando sobre su deseo, no siempre es fácil distinguir entre la presión social que incita a mantener relaciones sexuales y las necesidades y experiencias reales de las mujeres en la esfera sexual:

“Quise forzar la vuelta precisamente a Tinder. Necesito follar, pero necesito follar porque necesito que esta parte de mi vida se haya acabado. Y me di cuenta de que me estaba equivocando, así que volví a poner todo en parón. Y luego, de repente, empecé a sentir deseo sexual otra vez. En plan vale, realmente mi cuerpo quiere esto, no lo estoy forzando yo” (Mujer, 36 años, heterosexual).

El cuerpo se habría visto construido principalmente por ideales corporales mediatizados por la publicidad, donde imperaría la hipersexualización y cosificación femeninas en una representación parcial e irreal de la realidad (Enguix y González, 2018). Se habría reforzado el estereotipo de mujer sexualizada, imprescindible para la construcción de un modelo de normatividad femenina, donde la cosificación del cuerpo de las mujeres se habría convertido en parte de la cultura popular, estando los cuerpos de mujeres y niñas atravesados por el patriarcado y el neoliberalismo (Cobo, 2015; De Miguel, 2021). Varias participantes señalaron cómo ello se había agudizado con las nuevas tecnologías, afectando a la corporalidad de las mujeres desde niñas hasta adultas:

“La sexualidad y nuestra construcción del deseo sigue siendo masculina [...] Porque es que me meto en Instagram y veo a las niñas de 16 años posando como si fuesen actrices porno, prácticamente, con esta hipersexualización tan bestia que hay de las jóvenes. Y pienso, ¿es su deseo o es una forma de agrandar también? ¿No? O lo que se espera de ellas o de su sexualidad. Eso es construido, o sea, una niña no se le ocurre... No sé, digo yo... En mi época no se nos ocurría porque no existía Instagram, entonces como... las nuevas necesidades y las formas de relacionarse y demás” (Mujer, 40 años, heterosexual).

“Yo tengo bastante pecho. Y siempre me tapaba. Me sentía súper incómoda ya que nunca quería propiciar ese momento de que el hombre me mirara... y me cosificara” (Mujer, 27 años, heterosexual).

Aquellas mujeres que no encajan en los cánones de belleza dominantes o que no cumplen con otros requisitos de normatividad, estarían invisibilizadas, y en cierto modo se les limitaría su derecho a disfrutar de la sexualidad (Suárez-Errekalde y Royo Prieto, 2020). Dejan de considerarse seres sexuados o se les infantiliza, puesto que no son estos tipos de cuerpos los que se asimilan como válidos, normales y reconocibles. Como señala una participante que experimentó un importante cambio físico de manera brusca:

“Todo el verano del 2020 al 2021 creo que no fui a la playa ni una sola vez, ni bikinis, ni bañadores. Intenté comprar una especie de bañador que parecía más un neopreno y que jamás me lo puse. Y una parte también de no intimar con nadie era por eso. Digo, yo no puedo gestionar este cuerpo que ha cambiado tanto ¿no? Y me avergonzaba un montón, me avergonzaba un montón. Empecé a comprar lo que yo llamaba ropa de gorda ¿no? Y es para que no se me note nada, para que no se me vea. Déjame que me ponga esto que parezca un saco. Y entonces no se distinguía ninguna forma de mi cuerpo” (Mujer, 36 años, heterosexual).

A finales de la década de los 20, la psicoanalista Joan Rivière llevó a cabo un ensayo en el que planteaba que mujeres que desearan la masculinidad debían ponerse una máscara de feminidad para evitar la ansiedad, el posible rechazo y el castigo por parte de los hombres (Rivière, 1929). Más recientemente, la socióloga Angela McRobbie (2010) abordó “la mascarada posfeminista” haciendo referencia a mujeres jóvenes que adoptan una apariencia física hipersexualizada, con una feminidad altamente estilizada y normativa, desde una aparente “elección libre” que parece no temer la penalización masculina -presentándose como sujetos libres en su elección de ser objetos sexuales o de deseo-.

Para esta autora se trata de una estrategia neoliberal que permite reafirmar la ley patriarcal y la hegemonía masculina a través del discurso de la libertad individual, aunque sin conciencia de los constreñimientos sociales. Se trata de mujeres investidas de agencia, capaces de tomar decisiones “libres” respecto al cuidado de sus cuerpos, sin que se perciban afectadas por la imagen proyectada ni la opinión de un tercero, considerando su cuerpo un agente empoderado capaz de resistir a las estructuras sociales (Jeffreys, 2005).

No obstante, en los discursos de las participantes hemos recogido cierta ambivalencia entre los requerimientos del sistema de la moda y la belleza, que aseguran que sigan siendo sujetos temerosos impulsados por la necesidad de la “perfección completa” (Rivière, 1929), y la necesidad de reconocerse como agentes, encontrando en la aceptación del cuerpo una alternativa a la resolución parcial del conflicto:

“Yo también tengo Instagram y pongo la foto en la que salgo más guapa para conseguir *likes*” (Mujer, 40 años, heterosexual).

“Yo creo que el mito de belleza y la hipersexualización y tal, o sea, yo voy a cumplir 44 años, y a mí me afecta” (Mujer, 43 años, heterosexual).

“Por un lado nos libramos de ciertas cosas como, por ejemplo, bueno, pues ya no hay que depilarse, vale. No te da vergüenza o no sé qué. Pero luego hay otra presión por otro lado. O sea, como que siempre se reinventa para tenernos permanentemente descontentas con nosotras mismas. O sea, no le veo... O sea, quiero decir, es una labor que es verdad que con los años al final dices, mira, voy a aprender a aceptarme porque es que no me queda otra. Ni dinero para invertir tanto en belleza ni tiempo... ir al gimnasio, estar delgada, estar guapa... Y además es que es una lucha perdida completamente contra el tiempo” (Mujer, 40 años, heterosexual).

3.2. Malestares de normatividades corporales: cuerpos (hetero)sexuados

El cuerpo y la variabilidad de corporalidades no estarán exentas de conflicto. Las imágenes corporales se construirían a partir de identificaciones -que establecemos con nuestro propio cuerpo y los cuerpos de los demás- y a base de constantes desidentificaciones. Estas imágenes corporales informarán de la posición con respecto a otras personas, objetos y el entorno que nos rodea (Weiss, 2013). Los medios de comunicación y los modelos de belleza mostrados por la cultura popular podrán influir de forma significativa en la disciplina que las personas ejercen sobre sus cuerpos. En base a las narrativas de las participantes, los cuerpos femeninos y los no normativos son sobre los que recae una mayor presión para ajustarse a los cánones establecidos, estando presente en ocasiones emociones intensas y negativas asociadas, como así lo reflejan:

“[...] me molesta entrar en este juego del peso” (Mujer, 27 años, heterosexual).

“Mi cuerpo se transformó, me puse... Estaba súper enferma de la tiroides al mismo tiempo, entonces empeoró todo. Todo mi proceso de tiroides empeoró muchísimo, engordé como 15-20 kilos fácil en 2-3 meses... Y tardé, tardé muchísimo tiempo en reencontrar mi yo que quisiera que alguien le tocara” (Mujer, 36 años, heterosexual).

La intensidad de los malestares se ve más acentuada en las mujeres, con independencia de su orientación sexual, estando más presentes inseguridades o vergüenzas como emoción disciplinaria en cuerpos no normativos, como así verbalizan algunas de las mujeres participantes:

“O sea, yo creo que además lo de desnudarte ¿no? pues... a veces tienes complejos. Sobre todo, yo creo que también es una cosa que te quitas con la edad un poco más, pero claro, siempre tienes un poco... Uno se siente un poco expuesto ¿no?, con su cuerpo” (Mujer, 40 años, heterosexual).

“Sobre todo en las mujeres, o sea, es verdad que en todos, pero yo creo que en las mujeres mucho más. Desde lo de la depilación, que yo creo que nos ha pasado a todas, la regla... Joe, ya follar con la regla, ¡qué mala suerte! [...]” (Mujer, 40 años, heterosexual).

“Y luego también con el tema de la vulva, que yo por ejemplo tengo los labios más, menores más... eh... bueno, de esto que no es lo que sale en el porno [...]” (Mujer, 26 años, bisexual).

“Por ejemplo a mí en relaciones sexuales a veces lo que me ha rallado más tenía que ver con... con... pues no haberme depilado, o sea ya no me depilo, pero como que en su momento era como más eso o el olor, o el sabor... era como más desde... desde ponerme ahí como... no sé, como sentirme como muy juzgada... no sé. Eso sí que me daba inseguridad” (Mujer, 25 años, bisexual).

Aunque nuestro análisis revela mayores presiones y exigencias estéticas entre mujeres, también están presentes en hombres con independencia de su orientación sexual (si bien en el colectivo gay dicha vigilancia corporal existe desde hace décadas):

“Es verdad que de pequeño estaba... Nunca he estado con mucho sobrepeso, pero sí que es verdad que en la adolescencia tenía un poco de sobrepeso y... sí que es verdad que me acomplejaba un poco [...] Y luego creo que en el contexto de los hombres gays sí está muy marcado el tema del control del cuerpo desde hace muchas décadas, y creo que progresivamente ahora esto se está extendiéndose a los hombres heterosexuales ¿no? Y creo que probablemente... vamos a los hombres heterosexuales y a la población en general” (Hombre, 33 años, homosexual).

“Yo antes de joven pesaba a lo mejor 20 kilos menos e iba al gimnasio a diario, y me veía muy bien. Y ya no tengo esa sensación. Entonces, eso inevitablemente, por mucho que quiera y que mentalmente lo transforme porque evidentemente me tengo que hacer la idea de que tengo 50 años, no lo acepto” (Hombre, 50 años, heterosexual).

Las imágenes corporales rebasarían los límites materiales del cuerpo creando imaginarios sociales, escalas morales o significados de género que intersectan en la identidad de las personas provocando complejos, inseguridades, conflictos, tensiones o malestares en las prácticas sexuales (Enguix y González, 2018). De nuestro análisis se desprende que de manera generalizada los cuerpos no se ajustarían a las directrices hegemónicas, pudiendo ser por tanto un problema social extendido que afecta a distintas generaciones.

Siguiendo esta línea de reflexión, la conflictividad derivada del cuerpo sexuado podría leerse en términos de mandato de género, atravesando a hombres y mujeres más allá de su orientación sexual. Si bien se detecta que en corporalidades hegemónicas (hombre, blanco, heterosexual), el malestar se acentúa en edades más avanzadas, en términos de potencia sexual, donde comienzan a presentar dificultades. La sexualidad, como ámbito destinado a la producción de cierta masculinidad y feminidad heteronormativa (Preciado, 2002), permite reforzar la virilidad y el ego masculino mediante el éxito en el desempeño heterosexual (MacKinnon, 1989). La valía femenina se mide a través de la apariencia física, los cuerpos normativos y la respuesta al deseo del otro. Varias participantes con prácticas heterosexuales reconocieron que su aceptación corporal dependía de la mirada validante y el deseo de un tercero (su pareja sexual hombre):

“[...] Es siempre a través de ver la atracción en la mirada del otro que te valida de alguna manera” (Mujer, 36 años, heterosexual).

“[...] Cuando era más joven, es verdad que la idea de sentir que podía ser deseada, o sea, deseable para otra persona, era uno de los mayores *triggerings* de toda mi salud mental. Cuando tenía pues no sé, 14, 15 años ¿no? Al final es una barrera el saberte... El saberte deseable es una barrera que cuando la rompes, entras un poco en ese juego de... de ese punto del deseo desde la belleza ¿no? Y es como que encontrar parejas como en un ambiente donde te validan una idea de cuerpo en la que tú también te sientes más cómoda, te hace como sentirte deseable desde unos términos que te parecen un poco menos...o sea, te revuelven menos” (Mujer, 30 años, bisexual).

El mandato en ellos es el desempeño sexual y sus habilidades en la relación sexual. De forma que, los malestares corporales en hombres heterosexuales, se centrarían en mayor medida en aspectos relacionados con el buen funcionamiento sexual:

“Al final tengo la confianza de que no es pequeña, porque eso cuando se pone grande, se transforma” (Hombre, 28 años, heterosexual).

“Supongo que eso tendrá mucho que ver también con mis problemas de disfunción eréctil. Yo por ejemplo, cuando he dejado de verme en el espejo así atractivo, pues un poco a partir de los 40 años, eso ha influido y mucho” (Hombre, 50 años, heterosexual).

“[...] Alguien que no lo sabe se puede pensar que... es una mierda. Y eso. Como que ese punto de presión hasta que no esté empalmado, no me siento tan seguro [...] Eso cuando sales del agua fría lo tienes recogidísimo. Y me dio to´ la vergüenza. Me costó que flipas empalmarme... [...] A raíz de eso, yo me pongo nervioso las primeras veces con otras personas” (Hombre, 28 años, heterosexual).

Los participantes varones del estudio no mostraban en su discurso tanta presión externa con otros aspectos de la vivencia subjetiva de su corporalidad, estando más en primer plano su propio deseo (Friedmann y Cwikel, 2021), como así señalan tres hombres participantes:

“No me peso, no me mido, no me echo cremas, no me limpio la puta cara. [...] Yo tampoco es que tenga complejo de mi cuerpo ni de mi polla ni nada, en plan, que estoy a gusto con mi polla y no se me han quejado nunca” (Hombre, 28 años, heterosexual).

“Yo no tengo complejo. Para nada” (Hombre, 59 años, bisexual).

“Ya no es, ya no me voy a ahí diciendo qué van a pensar si me ve desnudo la mujer con la que estoy... o sea, no me importaría tanto su opinión [...] O sea, antes de eso, es el sentimiento de estar a gusto conmigo mismo” (Hombre, 50 años, heterosexual).

3.3. Disidencias sexuales, cuerpo y sexualidad

En nuestros resultados hemos encontrado que aquellas personas que más se alejan de corporizar una identidad cisheteronormativa (Milillo, 2008), y que oponen una mayor resistencia a la asimilación de las convenciones sexogenéricas (Agirre, 2014), son las que menos influenciadas se sienten por los contenidos culturales mayoritarios:

“Supongo que todo el mundo en algún momento, de hecho, a todo el mundo le pasa, a mí es verdad que me pasa muy poco, pero yo qué sé... Levantarte, vestirse, y decir esto no me queda bien, esto tampoco, esto tampoco, probarte 20 cosas y que ninguna te guste mucho... Pero nunca he llegado al punto de que me resulte un problema. O sea, habrá días en los que estés muy mal con tu cuerpo y días en los que estés muy bien, pero en general los míos son casi siempre muy bien o... o me da igual. O sea, mientras pueda hacer cosas, pueda hacer mi deporte, pueda ir a sitios, pueda hacer mis cosas, me parece bien cualquier aspecto que pueda tener mi cuerpo. [...] El conflicto que he tenido con mi peso toda mi vida ha sido muy muy leve, en el sentido de oye, pues estaría mejor delgada y las épocas en las que he estado un poco más delgada me he visto todavía mejor, pero no tengo problema con el peso que tengo ahora ni con subir unos kilos más o unos kilos menos” (No binaria, 24 años, bisexual).

Con la irrupción de las tesis postmodernas y la teoría *queer*, se plantea que las categorías o identidades de género se generan dentro de la norma heterosexual, con lo cual la sexualidad sería, además de una construcción patriarcal, un dispositivo activo cuya función es salvaguardar el orden dicotómico y hetero hegemónico a través de la producción de cuerpos y sujetos normativos (Butler, 2001). Ante físicos más ambiguos, la norma exigiría posicionarse en un rol claramente diferenciado, como así lo señala esta participante que se define como no binaria:

“Cuando he hecho de modelo de peluquería por ejemplo alguna vez, en muchas ocasiones da igual el perfil de cuerpo que tengas, pero otras te piden el pelo y te piden a parte un cuerpo de x medidas” (No binaria, 24 años, bisexual).

En nuestro análisis encontramos que, aunque haya lugares de mayor vulnerabilidad para experimentar malestares relacionados con la corporalidad, existe una mejor aceptación de la misma en hombres y mujeres no heterosexuales, quizá por estar menos presentes experiencias sexuales asociadas con roles más pasivos o situaciones de abuso:

“Con las parejas con las que he estado no era tan relevante el tema de la corporalidad como me lo podía ser a mí. Eso también me ha ayudado mucho a aceptar mi propio cuerpo. Y creo que con el tiempo me ha ido dando como más igual, la verdad” (Hombre, 33 años, homosexual).

“[...] es como que encontrar parejas como en un ambiente donde te validan una idea de cuerpo en la que tú también te sientes más cómoda [...]” (Mujer, 25 años, bisexual).

Aparte de esta diferencia respecto a la aceptación corporal, encontramos otra con respecto a las diferencias en la construcción del deseo. En las mujeres no heterosexuales (de forma similar a los hombres), su deseo no se construye tanto en función de ser deseadas por otro/a, estando las posiciones de sujeto-objeto más difuminadas. Resulta interesante poder diferenciar qué presiones pueden derivarse del género y cuáles estar más directamente relacionadas con la heterosexualidad hegemónica. Ya que, centrándonos en la esfera de la masculinidad, en nuestro análisis se habrían detectado conclusiones similares a otros estudios (Peixoto y Nobre, 2020), destacando mandatos de género que afectan en la esfera corporal tanto en hombres homosexuales como heterosexuales:

“Colectivamente es como imprescindible que tú te empalmes para tener relaciones sexuales” (Hombre, 28 años, heterosexual, español).

“Sí que hubo un momento en el que me dio por hacer ejercicio y por hacer deporte y perdí peso. Y sí que vi que de alguna manera era un poco más valorado estar... no diría estar delgado, pero sí que estar dentro de... Hay una especie de límites ¿no?, que encuadran un poco lo que se considera aceptable” (Hombre, 33 años, homosexual).

Existirían otras presiones relacionadas más directamente con la heteronormatividad, como la glorificación de la masculinidad o la virilidad tradicional haciendo uso de los componentes de la heterosexualidad hegemónica (Fithern, 1996), que se pueden observar en el discurso de personas participantes:

“Es un conflicto en el sentido de que por ejemplo yo ahora mismo no me planteo tener pareja hasta que no tenga solucionados mis problemas de disfunción eréctil. Porque entiendo que para mí supone un hándicap que cómo se me va a ocurrir... Quiero decir, cómo se te va a ocurrir conocer a alguien tal, y si quieres ir más para allá, qué haces, cómo lo explicas” (Hombre, 50 años, heterosexual).

3.4. Cuerpos jerarquizados por ejes de opresión

La apariencia del cuerpo puede influir en la esfera de la sexualidad, haciendo una lectura en términos de poder (Gill, 2007). Como afirma la filósofa Iris Marion Young (2005), la subjetividad está condicionada por estructuras y ejes de poder. A través de esos procesos de subjetivación y objetivación, Young describe el proceso de jerarquización de los cuerpos; cómo los cuerpos son naturalizados e identificados bajo pieles racializadas, orientaciones sexuales no normativas, edades avanzadas, diversidades funcionales o en mujeres, mientras la racionalidad queda reservada al sujeto varón, blanco y heterosexual. Los cuerpos revestirían un valor moral y estatus, de forma que aquellos cuerpos más próximos a la normatividad (en términos de género y de belleza estándar) serían los más valorados socialmente (Suarez-Errekalde y Royo Prieto, 2020). Así lo deja reflejado una de las mujeres participantes, donde su cuerpo ha sido leído mediante procesos de racialización y generización marcados inevitablemente por relaciones de poder:

“Tengo que decir, nunca nadie me ha gritado por la calle o en el colegio, me han dicho negra de mierda. Yo no he vivido eso. [...] Hay una cuestión con lo de bailar ¿vale? Entonces cuando yo tenía 15 años, fui a la boda de una de mis primas... rubitas, todas rubias. Y fíjate que ella, casándose con 22-23 años que tendría, en su boda vino a decirme a mí con 15 años, con quién podía hablar y con quién no. Básicamente me vino a decir que yo no podía hablar con todos los novios de sus amigas...” (Mujer, 36 años, heterosexual).

“[...] Llevaba el pelo rapado, un grupo de personas que me están rodeando constantemente, eh... y que en algún momento incluso se atreven, o sea, que están intentando interactuar conmigo cuando yo te estoy dando la espalda todo el rato, que me estás observando, que me estás comentando, que estás hablando de mí delante de mí, que me lo estás haciendo ver, y que en último momento te acercas y lo primero que me dices es cuál es tu orientación sexual. Y te quedas, ¿te conozco de algo? Aparte de llevar todo el rato intentando evitarte y que me dejes en paz... (Indignada). [...] Y ¿quién soy yo?, ¿tu objeto aquí... exótico festivo para la orgía que te quieres montar luego?, ¿qué es esto?” (Mujer, 36 años, heterosexual).

Se podría deducir de nuestros resultados que cuerpo, género y sexualidad se co-producen con otras categorías, oscilando entre lo normativo y lo disidente, lo deseado y lo odiado, lo bello y lo rechazado, incorporándose estas dicotomías a nuestros imaginarios sociales (Enguix y González, 2018). De forma que, si nos centramos en términos de racialidad, cuanto más oscura es la piel de una persona negra, más estaría sujeta a prejuicios, y cuanto más clara sea la piel del afrodescendiente, más finos serán sus rasgos y mejor será visto dentro del patrón europeo (Olisa, 2016). La normatividad de los cuerpos de mujeres es una normatividad blanca y lo alejado de ella influye en la autopercepción, como en el caso de nuestra participante:

“Fíjate que mi padre de pequeña me decía, o me dejaba en el colegio y me decía -no rompas a tus amigas- [...] Cuando yo me veo en comparativa en otro cuerpo... Y me pasaba eso de adolescente... me veo en comparativa con otros cuerpos de mi edad y me siento como *big foot*. Y me veo enorme y me veo gorda... y siempre he tenido una percepción de mí misma como de una persona gordita [...] Yo estaba súper acomplejada con el tamaño de mis muslos. Piensa que yo hice equitación hasta los 18 años ¿vale? Mis gemelos tenían un tamaño que yo no me podía comprar botas normales. A mí siempre me tenían que estirar el cuero de las botas en la parte de atrás porque no me entraban. Entonces, tengo una percepción como de un cuerpo demasiado musculado, demasiado fuerte, demasiado tal ¿no? Y eso sí que lo he tenido muy presente” (Mujer, 36 años, heterosexual).

En términos de clase, se ha observado que participantes en situación de precariedad social, no recaban en la corporalidad como uno de sus principales focos de conflicto, estando su discurso centrado en preocupaciones más básicas como la supervivencia y mantener un mínimo nivel económico para sostener a la familia. Serán cuerpos adaptados a ritmos productivos, resistentes, que rindan, alejados del reconocimiento como sujetos de deseo:

“Yo siempre quise salir adelante, siempre quise eh... No vivir bien, porque vivir bien, yo qué sé. Pero vivir tranquila, vivir tranquila... Levantarte y acostarte con la tranquilidad de que a tus hijos no les va a pasar nada, de que a mis hijos no les va a faltar nada. Para mí eso es... lo más importante” (Mujer, 33 años, heterosexual).

3.5. El feminismo y la reconceptualización de cuerpos y deseos

Para finalizar, se ha observado que la ideología feminista ofrecería en todos los casos instrumentos para crear conciencia y generar actitudes críticas hacia el sexismo con el que se retratan los diversos cuerpos, así como para identificar sus propios deseos como constructos socioculturales que derivan de una socialización muy concreta basada en los valores de una sociedad heteropatriarcal (Suarez-Errekalde y Royo Prieto, 2020). Estos avances permitirían amortiguar los malestares en torno a las corporalidades aprendidas, como así señalan algunas de las participantes:

“Mis dos complejos que han afectado a mi sexualidad es el vello corporal, que yo siempre he tenido mucho, y ahora ya pues lo he aceptado también con el tiempo y gracias pues a ser feminista y tal, pues me ha ayudado a aceptarlo mucho, aunque nunca va a ser perfecto” (Mujer, 26 años, bisexual, española).

“Por un lado nos libramos de ciertas cosas, como por ejemplo bueno, pues ya no hay que depilarse, vale. No te da vergüenza o no sé qué. Pero luego hay otra presión por otro lado. O sea, como que siempre se reinventa para tenernos permanentemente descontentas con nosotras mismas” (Mujer, 43 años, heterosexual).

“Simplemente que me incomodan un montón los piropos... O sea, tengo un rechazo total...” (Mujer, 27 años, heterosexual, colombiana).

“Pero a través del deporte y el yoga yo también me he reconectado mucho con mi cuerpo. Y lo he podido ver de otra manera” (Mujer, 36 años, heterosexual).

4. Conclusiones y discusión

A través de las narrativas analizadas se podría concluir que el aplicar una perspectiva de género e interseccional al análisis de los cuerpos y a las desigualdades de poder derivadas de corporalidades no hegemónicas, ha permitido tener una visión más integral de los conflictos y malestares asociados a la esfera de la sexualidad. Al explorar la relevancia de la corporalidad en las distintas prácticas y comportamientos sexuales, los conflictos con el cuerpo se extienden a hombres y mujeres de cualquier edad y orientación sexual. Aunque podría considerarse que los malestares del cuerpo nos atraviesan a todos y todas con independencia del género al estar los individuos bajo el yugo del marco patriarcal occidental, el contenido de las entrevistas sugiere que éstos serían más acusados en mujeres, destacando como principales focos de conflicto las cuestiones relacionadas con el peso corporal, la hipersexualización, cosificación, determinadas prácticas aprendidas con respecto a los cuerpos o caracteres sexuales secundarios apartados de los referentes a los que se haya tenido acceso.

Este estudio ha permitido conocer dinámicas de poder en función de la normatividad (o no) de los cuerpos implicados en una interacción sexual. Los lugares de poder se traducen y reproducen en las corporalidades, acentuándose las desigualdades en el caso de colectivos más vulnerabilizados. Los principales componentes identitarios que mermarían el grado de deseabilidad sexual serían aquellos que se escapan al orden sexual heteropatriarcal y modelos de belleza hegemónicos, ya sean cuerpos sanos o bajo la influencia de alguna enfermedad. De este modo, se habrían obtenido experiencias subjetivas concretas al cruzarse el género con otros ejes de opresión añadidos.

Cobraría especial relevancia la lectura discriminatoria de las pieles no blancas al cosificarse y erotizarse a las personas racializadas, potenciándose el foco de opresión racial con el hecho de ser mujeres. Así como la menor importancia dada a la sexualización del cuerpo (quizá a la sexualidad en general) en el caso de personas pertenecientes a clases sociales más bajas, donde el foco de conflicto real se situaría en necesidades más básicas e imprescindibles para la supervivencia. En cuanto a la orientación sexual, los colectivos mayoritariamente atravesados por dinámicas de poder relacionadas con la corporalidad serían el de mujeres, tanto heterosexuales como bisexuales, y hombres con orientación sexual homosexual. Los hombres heterosexuales, no exentos de ciertos mandatos de género y de presiones hegemónicas heteronormativas, presentarían menor conflicto para la aceptación corporal y de su deseo, con exigencias hacia el rendimiento sexual.

Por último, podría existir una mayor aceptación aparente del cuerpo dado en generaciones jóvenes, principalmente aquellas con una mayor concienciación feminista, permitiendo la aproximación a estas teorías establecer dinámicas más abiertas y menos exigentes en la lectura de los cuerpos, tanto en términos de deseo como en las prácticas sexuales llevadas a cabo. Sería importante resaltar que cada persona tendría múltiples imágenes corporales de sí misma, que estarían en constante tensión y modificación unas con otras, intercalándose con el paso del tiempo y permitiendo a su vez reconocer vivencias corporales variables (Juárez González, 2021). Y las teorías y prácticas feministas podría ser la herramienta que lograra amortiguar las desavenencias sufridas en torno a nuestro cuerpo y deseos, a lo largo de toda nuestra trayectoria.

Referencias bibliográficas

- Agirre, Amaia (2014). La gestión de la sexualidad en parejas con ideología igualitaria: De la monogamia dada por sentada a la negociación. *RIPS. Revista de Investigaciones Políticas y Sociológicas*, 13(1), 87-101.
- Alonso Benito, Luis Enrique (1998). *La mirada cualitativa en sociología: Una aproximación interpretativa*. Fundamentos.
- Beltrán, Miguel (1998). Cinco vías de acceso a la realidad social. En: Manuel García Ferrando, Jesús Ibáñez y Francisco Alvira (Eds): *El análisis de la realidad social: Métodos y técnicas de investigación* (pp. 17-45). Alianza (Universidad Textos).
- Bourdieu, Pierre (2000): *La dominación masculina*. Anagrama
- Butler, Judith (2001). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Paidós.
- Cobo, Rosa (2015). El cuerpo de las mujeres y la sobrecarga de sexualidad. *Investigaciones Feministas*, 6, 7-19. http://dx.doi.org/10.5209/rev_INFE.2015.v6.51376
- Collins, Patricia (2000). *Black Feminist Thought*. Routledge.
- Delgado Ballesteros, Gabriela (2008). Metodología de la investigación con perspectiva de género. En María de Lourdes Velázquez Albo, Olivia Mireles Vargas (Eds.): *Metodología de la investigación. La visión de los pares* (pp. 17-38). IISUE-UNAM.
- De Miguel Álvarez, Ana (2021). Sobre la pornografía y la educación sexual: ¿puede “el sexo” legitimar la humillación y la violencia? *Gaceta Sanitaria*, 35(4), 379-382. <https://doi.org/10.1016/j.gaceta.2020.01.001>
- Enguix, Begonya y González, Ana María (2018). Cuerpos, mujeres y narrativas: Imaginando corporalidades y géneros. *Atheneadigital*, 18(2), 1-31. <https://doi.org/10.5565/rev/athenea.1956>
- Esteban, Mari Luz (2013). *Antropología del cuerpo. Género, itinerarios corporales, identidad y cambio*. Balterra.
- Fithern, David L. (1996). *Gay pornography as cultural object: Homosexual desire and the transmission of dominant ideology*. PhD Thesis. ProQuest Dissertations and Theses (MM No. 18390).
- Friedmann, Enav y Cwikel, Julie (2021). Women and Men's Perspectives on the Factors Related to Women's Dyadic Sexual Desire, and on the Treatment of Hypoactive Sexual Desire Disorder. *J. Clin. Med*, 10, 5321.
- Foucault, Michel (1976). *Historia de la sexualidad. 1: La voluntad de saber*. Siglo Veintiuno.
- Gill, Rosalind (2008). Empowerment/sexism: Figuring female sexual agency in contemporary advertising. *Feminism and Psychology*, 18(1), 35-60.

- Juárez González, María (2021). *Imágenes corporales Trazando otras formas de mirar(nos)*. Trabajo Fin de Máster. Facultad de Ciencias Políticas y Sociología. Universidad Complutense de Madrid.
- Jeffreys, Sheila (2005). *Beauty and Misogyny. Harmful cultural practices in the west*. Routledge.
- Mackinnon, Catharine (2014). *Feminismo inmodificado: discursos sobre la vida y el derecho*. Siglo Veintiuno.
- McRobbie, Angela (2010). ¿Las chicas arriba? Las mujeres jóvenes y el contrato sexual posfeminista. *Debate feminista*, 41, 113-135.
- Milillo, Diana (2008). Sexuality sells: A content analysis of lesbian and heterosexual women's bodies in magazine advertisements. *Journal of Lesbian Studies*, 12(4), 381-392.
- Millet, Kate (1995). *Política Sexual*. Cátedra.
- Olisa, Mariana (2016). Colorismo. Conceptos del feminismo negro. *Afrofeminas*. <https://afrofeminas.com/2016/08/22/colorismo-conceptos-delfeminismo-negro/>
- Peixoto, María Manuela y Nobre, Pedro J. (2020). Cognitive-Emotional Predictors of Sexual Functioning in Lesbians, Gays, and Heterosexuals. *Archives of Sexual Behavior*, 49, 1823-1838.
- Pla, M. (1999). El rigor en la investigación cualitativa. *Revista Elsevier*, 24(5), 295-300.
- Posada, Luisa (2015). Las mujeres son cuerpo: reflexiones feministas. *Investigaciones Feministas*, 6, 108-121. http://dx.doi.org/10.5209/rev_INFE.2015.v6.51382
- Preciado, Paul B. (2002). *Manifiesto contrasexual*. Anagrama.
- Rivière, Joan (1929). Womanliness as Masquerade. En V. Burgin y J. Donald (Eds.): *Formations of Fantasy* (35-44). Methuen.
- Suarez-Errekalde, Maialen y Royo Prieto, Raquel (2020). El rol de las representaciones corporales mediáticas en la esfera sexual de personas de ideología feminista. *Papers. Revista de sociología*, 105(1), 143-171. <https://doi.org/10.5565/rev/papers.2586>
- Trinidad, Antonio, Carrero, Virginia, y Soriano, Rosa M. (2006). *Teoría fundamentada "Grounded Theory". La construcción de la teoría a través del análisis interpretacional*. Cuadernos Metodológicos, 37. Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Vance, Carole S. (1989). Placer y peligro: hacia una política de la sexualidad. En C. Vance (Eds.): *Placer y peligro: Explorando la sexualidad femenina* (pp. 9-50). Talasa Ediciones.
- Weiss, Gail (1999). *Body Images: Embodiment as Intercorporeality*. Routledge.
- Young, Iris M. (2005). *On Female Body Experience: "Throwing Like a Girl" and Other Essays*. Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/0195161920.001.0001>